

# Un momento crucial para la agricultura europea

**Horacio González Alemán** ▶  
Secretario General de la Federación de Industrias de Alimentación y Bebidas (FIAB)

**E**stamos en un momento crucial para la agricultura europea, y especialmente si consideramos que este nuevo modelo viene condicionado por dos imperativos superiores: el marco político de la Estrategia Unión Europea 2020 (algo así como las prioridades de la Unión para el próximo decenio) y el nuevo marco presupuestario de la Unión, todo ello íntimamente ligado.

Es, por tanto, el momento de pensar y aportar ideas para lo que tiene que ser el nuevo marco del sector, y a ello queremos contribuir con algunas reflexiones.

La primera es el enfoque de esta nueva política para la Unión; tradicionalmente, la PAC se ha centrado en el primer eslabón de la cadena y sus actores, agricultores y ganaderos. Enfoque parcial que difícilmente puede llevarnos a soluciones estables. Hoy la única estrategia posible es la de la cadena agroalimentaria (producción, transformación y comercio), para converger en el cliente/consumidor que es quien en definitiva es el leitmotiv de todo el proceso económico aguas abajo. Y, en este sentido, todos tenemos

que hacer un esfuerzo de colaboración, ya que la realidad nos demuestra que la unión de los eslabones de la cadena refuerza nuestras posiciones frente a las autoridades nacionales y europeas.

Durante la Presidencia española se avanzó en este sentido de manera notable, y varias de sus iniciativas han hecho ver a Bruselas la necesidad de abordar reformas políticas desde esta visión de conjunto; ahora hace falta que la propuesta del comisario Ciolos siga esta línea.

La segunda es conseguir un modelo integrado; el contenido de la nueva política que debe plantear la Comisión va mucho más allá de un nuevo modelo de ayudas para los agricultores o de propuestas para el desarrollo del mundo rural; tiene que tener una visión más amplia, horizontal (“holística” como gusta decir en los corrillos de Bruselas), que comprende todo aquello que afecta al sector. En este sentido, las relaciones entre la agricultura y el medio ambiente, la salud pública (la relación entre alimentos y salud es clave para el futuro del sector), el comercio exterior o la energía deben integrarse en el modelo y tener un enfoque propio, entre otras cosas para evitar que otras áreas de la Comisión le den hechas sus políticas al sistema agroalimentario.

La tercera sería el modelo de ayudas a la agricultura; es evidente que una agricultura como la europea no puede subsistir sin apoyos públicos. Pocas en el mundo lo hacen –más de un país quisiera, pero no puede–, y tampoco debiéramos convertirnos en puristas en un mundo cada vez más abierto y globalizado. La industria, principal cliente del sector productor, necesita de una agricultura fuerte para su aprovisionamiento y su continuidad como motor industrial de la Unión. Pero también es evidente que el modelo de ayudas directas generalizadas que tenemos ahora no ha aportado mayores mejoras al mundo agrario europeo: las rentas del agricultor caen, su porcentaje en el valor añadido en la cadena descende, los precios se mueven en diente de sierra, la rentabilidad descende...

Independiente de la forma en que se concedan estas ayudas, Bruselas tienen que repensar ese “café con leche para todos” en que se ha convertido la PAC, y concentrar sus esfuerzos



en priorizar la aplicación de los recursos públicos en solventar los problemas de nuestra agricultura: la concentración de la producción, la mejora de la productividad, la investigación agraria (lamentablemente, aparcada en los últimos años), la formación de empresarios agrarios...

La cuarta, ligada al comentario anterior, sería centrar la reforma en la economía y la producción. La realidad actual es que la población mundial crece de manera sostenida, las necesidades de producción han de crecer un 70% si queremos cubrir las necesidades en 2050 y, lo que es más importante, los países en desarrollo crecen muy por encima de la media de los países desarrollados, lo que propicia un crecimiento vertiginoso de las clases medias, aquellas con capacidad de renta para consumir nuevos productos.

Si a ello le sumamos las necesidades energéticas del planeta (biomasa), no cabe ninguna duda de que las consideraciones económicas y la potenciación de nuestras producciones deben ser el eje de esta reforma crucial para la agricultura –y la agroindustria– europea.

Centrado este objetivo luego podremos acompañarlo de otras consideraciones como la protección medioambiental, consideraciones sociales y otros “bienes públicos”..., pero sería un error estratégico imperdonable “poner la carreta delante de los bueyes”.

### El necesario equilibrio en la cadena

La quinta, el necesario equilibrio en la cadena; muchos de los problemas que hoy aquejan al conjunto del sector agroalimentario tienen su origen en los grandes desequilibrios que se producen en la cadena por la fuerte concentración que se constata en su último eslabón, la distribución comercial. La fuerte dependencia del productor y el industrial sobre el canal comercial ha creado unas distorsiones aguas abajo que necesitan determinación por parte del legislador para su resolución. Se hace necesario por tanto que las autoridades comunitarias establezcan un marco razonable de relaciones comerciales en la cadena aportando reglas, transparencia y el control necesario para evitar prácticas desleales. La diferencia entre el abuso y la competencia sana y leal en el mercado aportará sus frutos, y especialmente para el consumidor.

La sexta, un modelo coherente en el contexto de la globalización. Tenemos en Europa un modelo sostenible, pero caro, y carece de lógica



que sus obligaciones deban ser asumidas por los operadores europeos, sin que exista un tratamiento similar o recíproco para los productos importados –no olvidemos además que la UE es el primer importador mundial de productos agroalimentarios–. No se trata de cuestionar las obligaciones medioambientales, de bienestar animal o sociales que caracterizan a nuestro modelo, se trata del justo equilibrio para que no perdamos competitividad..., en nuestro propio mercado, el comunitario. Alternativamente debería dejarse producir en Europa de acuerdo con estándares internacionales para los mercados de exportación, lo que nos permitiría producir con menores costes sin cuestionar la seguridad y beneficiarnos del crecimiento de los mercados exteriores.

La séptima, un nuevo modelo de desarrollo rural. Dentro de ese enfoque esencialmente económico que debe tener la nueva política agraria, el desarrollo rural implica reforzar las estructuras productivas para que el modelo pueda ser sostenible y competitivo a largo plazo. Es aquí donde engarzan la política agraria y la Estrategia UE 2020 que debe inspirar este denominado “segundo pilar” de la PAC, el desarrollo rural, y aplicar los apoyos públicos a la investigación agraria y agroalimentaria, a la innovación, al desarrollo tecnológico y las tecnologías de la información, a la producción agroalimentaria...

Prefiero ser optimista. Debemos salir de la melancolía y darnos cuenta de la oportunidad que se abre ante nosotros de crecer en este mundo globalizado que nos pide más y mejores alimentos. Si queremos, podemos. ■